# El manuscrito
# De las
# Montañas

## - La vida de una mujer que quiso ser libre en la convulsa España del siglo X -

Roberto Lombardero Guanes

# El manuscrito de las Montañas

- La vida de una mujer que quiso ser libre en la convulsa España del siglo X -

Roberto Lombardero Guanes

Avant
editorial

Primera edición, octubre de 2026
© Roberto Lombardero Guanes, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com
Diseño de portada: autor de diseño

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN:9791388449260
DLM-23249-2026
Thema: FHP - F - FJD - AXHC - APFD

*A todas las mujeres luchadoras, las de ayer y las de hoy.*

*A mi abuela, a mi madre y a mi compañera.*

*Quisiera dedicar un caluroso agradecimiento*
*a Cathy Riguelle, mi compañera de vida,*
*primera lectora y perspicaz correctora.*
*Gracias por todo.*

*Como la manzana dulce que se vuelve roja allá en la altura,*
*en el extremo más alto de la rama,*
*la que fue olvidada al cosechar;*
*no es verdad que la olvidaran, es que no la pudieron alcanzar*

Safo (650-610 a. C. – 580 a. C.)
«Fragmento 105ª» (traducción: Pedro Ignacio Vicuña)

*Solo hay un bien, el conocimiento;*
*solo hay un mal, la ignorancia.*

Sócrates (470 a. C.-399 a. C.)

*Dejad de prender fuego a pergaminos y papeles,*
*y mostrad vuestra ciencia para que se vea quién es el que sabe.*
*Y es que, aunque queméis el papel,*
*nunca quemaréis lo que contiene,*
*puesto que en mi interior lo llevo;*
*viaja siempre conmigo cuando cabalgo,*
*conmigo duerme cuando descanso,*
*y en mi tumba será enterrado luego.*

Ibn Hazm (994-1064)

-

—*Onaaa, Onaaa*

Los gritos eran dardos arrojados al cielo. Helados, afilados, letales. Aullidos feroces de bestias heridas. La montaña era una confusión de voces y de llantos. De súplicas y de espantos. La niña se tapó los oídos con sus manitas temblorosas. Pensó que así se haría el silencio. Pero su cerebro ya se había llenado de todos los gritos que acabarían grabados a fuego en su memoria. Esos gritos los volvería a escuchar toda su vida, una y otra vez, en sus noches de insomnio y soledad. Sin embargo, entre tanto ruido destacó una voz. Como un pájaro que canta en la tormenta.

—*Onaaa, Onaaa*

La niña se dio la vuelta. No encontró los labios que buscaba. Cuerpos. Profusión de cuerpos. Brazos desarticulados, cabezas desencajadas, pechos abatidos, piernas que huían y sombras que aparecían, desaparecían y volvían a aparecer. Mucha carne humana mutilada por el acero. Pero, entre tanto cuerpo, no hallaba la boca que la llamaba. Sintió sed, pero tragó polvo. Le quemaba la garganta. Abrió la boca y quiso chillar. Se le atragantó el grito y de su pecho no salió más que silencio. Un silencio cavernoso, frío. Se cayó al suelo, alguien la levantó. Volvió a escuchar la voz, apagada, lejana.

—*Onaaa Onaaa*

Se echó a correr sin sentido, como una gallina sin cabeza, y se volvió a caer. Fuego. Fuego en los techos de las casas. Fuego en las puertas. Fuego en las miradas de los hombres. Fuego en las miradas de las mujeres. Vio cuerpos inertes. Vio cuerpos vencidos, revolcados, humillados. Bocas que pedían auxilio y ojos que se cerraban o que permanecían abiertos, vacíos. Por la ventana de una de las chabolas, encima de la mesa, una mujer tendida. Era la madre de Docinia. Un hombre como un oso se abalanzó sobre ella. La niña cerró los ojos y aguzó el oído.

—*Onaaa, Onaaa*

Entonces apareció el rostro; lo tenía enfrente. Sintió el aliento de la mujer. Sintió sus labios ardientes sobre la frente, la mejilla, la boca. Se ahogó en su mirada. Y, de repente, la mujer de ojos azules desapareció entre el gentío. La tragó el paisaje, fue aspirada hacia atrás con los brazos extendidos en su dirección. Desapareció el cuerpo y se extinguió la voz.

Sangre, frío y más fuego. Gritos y más gritos. Un infierno de gritos. Y más polvo. Polvo en la boca, polvo en los ojos, polvo en el pelo, polvo en su túnica deshilachada. Hubo mucho polvo, tanto que acabó ocultando el sol.

Relucían las espadas, el acero deslumbraba. La niña quiso correr, pero no pudo. La agarró un brazo fuerte, un brazo gigante de monstruo escapado de las historias que solían contar los abuelos a la lumbre del hogar en las noches de invierno. El ogro barbudo, llegado con la tormenta, la levantó y la llevó donde estaban los otros. Un manojo de niñas y niños apretujados, con el espanto impreso en las retinas. Les pusieron hierro a los pies y solo entonces la niña se echó a llorar. Lloró y ya no dejó de llorar hasta que se desmayó. Y en sueños volvió a oír la voz de la mujer de ojos azules.

—*Onaaa, Onaaa*

# 1

Nora llevaba una eternidad esperando frente a la enorme puerta cerrada. Los brazos le colgaban como ramas muertas e inútiles a lo largo del cuerpo. No se atrevía a alzar la vista y, con la mirada clavada en las losas del suelo, sentía que le repicaba con más fuerza el corazón dentro del pecho.

En mitad de la noche se había despertado sudorosa y desorientada porque había vuelto a tener la misma pesadilla de siempre: en el fragor de una batalla surgía un rostro femenino de ojos azules que acababa desapareciendo entre fuego y sangre. Una mirada ardiente que le revolvía el estómago y la desvelaba irremediablemente. Se levantó intranquila, fue a servirse un cuenco de agua fresca y decidió que no volvería a tumbarse en la litera. Se vistió y esperó sentada a que amaneciera. Tuvo por única compañía la luna creciente que, por el vano de la ventana, brillaba en la oscuridad del cielo y bañaba todo el cuarto de una luz sedosa. La estuvo observando hasta que, por el oriente, empezó a rayar el sol. Acababa de nacer el nuevo día. Entonces Nora se levantó y abandonó su alcoba.

La gran puerta de madera tardaba en abrirse. Nora juntó lentamente las manos detrás de la espalda. El corazón ya no le cabía en el pecho y palpitaba nervioso y acelerado. Atronaba por dentro y la joven pensó que los latidos acabarían retumbando por toda la galería, rompiendo el silencio respetuoso y ceremonial que en ella reinaba. Levantó discretamente la vista y, de reojo, observó a sus dos compañeras, que aguardaban a su derecha y a su izquierda tan petrificadas y asustadas como ella. Las tres llevaban más de media hora esperando a que les abrieran la puerta y las condujeran, por fin, ante el califa, el gran Al-Hakam.

Al-Hakam al-Mustansir bi-llah era el segundo califa de Córdoba y, sin lugar a duda, el más culto de todos los gobernantes que había conocido Al-Ándalus desde que Tariq Ibn Ziyad cruzó el estrecho y venció a las tropas visigodas. Habían pasado ya más de doscientos cincuenta años y, en estas tierras, el poder y el prestigio de los Omeyas se habían ido afianzando poco a poco hasta que Abderramán III, el padre de Al-Hakam, decidió volar de sus propias alas creando un califato independiente. Al-Ándalus se había transformado en una potencia política y militar y en un centro cultural de primera importancia. En el califato de Córdoba nacían grandes soldados, pero también filósofos, científicos, astrónomos, médicos, gente culta y preparada, formada en las mejores madrasas[1] del mundo islámico por los mejores maestros, profesores y especialistas nacidos en Al-Ándalus o llegados de las lejanas

1 Madrasa: escuela en el mundo árabe

ciudades de Damasco, Bagdad o El Cairo. A finales del siglo X, Córdoba paría intelectuales, sabios y expertos a miles. Y Nora soñaba con ser uno de ellos. Deseaba más que nada pertenecer a ese mundo. Acababa de cumplir diecinueve años y había llegado el momento tan esperado. Le iban a conceder, a ella y a sus dos compañeras, el *sanad*[2] que les daba acceso a ejercer profesionalmente su especialidad.

Volvió a observar a sus dos compañeras, que dentro de unos minutos compartirían con ella el privilegio de ser recibidas por el Príncipe de los Creyentes. Las dos tenían el semblante serio, la mirada perdida. Nadia era más alta y tenía unos enormes ojos oscuros cuyas pupilas brillaban como estrellas en la noche. Layla era bajita y ya poseía una cadera poderosa y atractiva. La primera venía de las tierras nórdicas, de un pueblo situado más allá del reino de los francos, a orillas del Rin, y la segunda era griega. Una llegaba del frío y de la niebla; otra, de una isla bañada por el sol. Y ambas habían sido vendidas en los mercados de esclavos y ofrecidas al califa. Nora, por su parte, era originaria de las tierras cristianas del norte de la península ibérica. Venía de una tierra donde el mar frío y bravío se juntaba con las últimas montañas del norte. Nadia y Layla estaban hermosas. Se habían acicalado para la ocasión e iban alhajadas y envueltas en sus mejores túnicas de seda, con el fino velo azul cubriéndoles el rostro. Nora esbozó una mueca de disgusto. Envidiaba sus cuerpos esbeltos y atractivos. Se habían convertido en mujeres mientras ella seguía encerrada en un cuerpo de adolescente que se negaba a madurar.

Nadia, Layla y Nora habían crecido juntas en la ciudad palatina de Azahara, en la zona reservada a las jóvenes esclavas. Las tres habían destacado desde un primer momento por su inteligencia y la alfaquí[3] encargada de su educación básica dictaminó que tenían las capacidades necesarias para profundizar sus conocimientos y, un día, servir en la administración de la ciudad. Por lo tanto, las tres compartían un pasado traumático, ya que habían sido arrebatadas en la infancia a sus pueblos de origen y hechas esclavas, pero también un futuro: gracias a su inteligencia iban a poder servir al Estado trabajando en la Gran Biblioteca.

La mirada de Nora cruzó la de Layla y las dos esbozaron la misma mueca de fastidio. Nora recordó el día en que conoció a sus amigas y, ante la puerta que permanecía cerrada, le dio tiempo de rememorar todos esos años que habían pasado juntas.

Las tres habían sido educadas y formadas en Medina Azahara, la Ciudad Brillante, pero, a diferencia de Layla y Nadia, Nora no recordaba cómo había llegado a la ciudad palatina. Sabía que procedía de una aldea perdida en las altas montañas del norte porque se lo había contado Aisha, una esclava mayor que ella que trabajaba en las cocinas del palacio y que le había cogido cariño.

—Y ¿cómo lo sabes? —le preguntó un día la pequeña Nora.

---

2 Sanad: documento que certificaba la formación de un estudiante. Equivalente a «diploma».

3 Alfaquí: doctor de la ley islámica.

—Me lo dijo el comerciante de esclavos que te vendió en el zoco principal, el que está detrás del alcázar.

Nora no albergaba en su cerebro ningún recuerdo de su pueblo de origen ni de su gente, pero sí guardaba en su memoria imágenes fragmentadas. Frías y cortantes como las hojas de las cimitarras[4] de los guardias que custodiaban la gran puerta. Recordaba fuego, recordaba gritos, recordaba llantos de niños y de mujeres, recordaba sangre, pero era incapaz de juntar esos retazos de memoria para formar una historia, la suya, la de su niñez, la de sus orígenes. No era capaz de recordar, pero sentía en su carne y en su alma una herida profunda que no cicatrizaba: la de haber sido arrancada en su tierna infancia de su pueblo, su cultura, su gente. Sufría de una ausencia que no conseguía identificar, echaba de menos a hombres y mujeres que había olvidado, que apenas había conocido y a los que ya no les podía poner un rostro.

Lo que sí recordaba, y con mucha precisión, eran sus primeros días en las dependencias del palacio califal. Lloraba sin parar. Lloraba al sol y lloraba a la luna. Vivió un tiempo largo e indefinido en una sala enorme llena de almohadones cuya única puerta era vigilada por un gigante forzudo, obeso y negro como una noche sin estrellas que le producía terror. Con el tiempo supo que era un eunuco, que se llamaba Rachid y que era bueno como el pan. Pero eso sería meses después de su llegada a Córdoba. En las primeras semanas, Rachid era para ella un monstruo salido del mismo infierno. No había cumplido los cinco años cuando llegó a Medina Azahara y ya conocía la amargura de la privación de libertad. Añoraba sus frías montañas, sus bosques húmedos y el abrazo de una madre cuyo rostro empezaba a borrarse de su memoria. Compartían su mala fortuna unas veinte niñas de la misma edad cuya proximidad y amistad hicieron un poco más llevadero el cautiverio. Le dieron el nombre de Nora, que en lengua árabe significa «luz» o «resplandor», porque era de tez blanca y tenía el cabello dorado como el trigo y unos ojazos claros que resplandecían a la luz del sol. Era menuda, endeble, pero lanzaba al cielo unos berridos que ponían los pelos de punta a todos los servidores del palacio. Unas mujeres que hablaban una lengua parecida a la suya le dieron ropa y comida. Los vestidos eran coloridos y los manjares exquisitos, pero ella no dejaba de llorar. Vinieron otras mujeres acompañadas de niñas de la misma edad e intentaron jugar con ella. Pero siguió llorando. Un día llegó una mujer alfaquí y le enseñó primero a hablar y luego a leer y escribir en la lengua de los mahometanos. Poco a poco la niña fue descubriendo la magia de la letra escrita y el arte de la caligrafía y entonces, solo entonces, se le secaron las últimas lágrimas y dejó de llorar.

Nora fue una de las alumnas más aventajadas. Dedicaba todo su tiempo al estudio, la lectura y la práctica de la caligrafía, robando incluso horas a la noche, sacrificando paseos, ocios y otros momentos de esparcimiento. Tanto fue así que un día la alfaquí la llamó después de una lección y le anunció que iba a seguir su formación en la madrasa de la medina con otras chicas de su misma edad que habían

4 Cimitarra: sable de hoja curvada que usaban los orientales.

sido seleccionadas por su capacidad de memorizar los hadices[5] del Corán y, sobre todo, por su inteligencia y maestría en alguna de las disciplinas enseñadas durante su infancia. Nora recordaba ese día como uno de los más felices de su vida y, haciendo el recuento de los años pasados, debía reconocer que, dentro de lo que cabía, había tenido suerte. Esa misma suerte compartían las dos chicas que estaban a su lado esperando a ser recibidas por el califa. Las tres fueron afortunadas porque no acabaron rompiéndose la espalda en agobiantes labores en los talleres de la medina o en los campos de alguna almunia o sirviendo en las cocinas o dependencias de aristócratas o ricos mercaderes. Eso sin hablar de la peor suerte que corrieron otras jóvenes esclavas que acabaron malvendiendo sus encantos en sórdidos prostíbulos de los arrabales. Nora y sus compañeras fueron ofrecidas al califa por un funcionario que buscaba ganarse su simpatía o por un general responsable de una de las aceifas[6] que cada primavera se llevaban a cabo por tierras cristianas del norte.

Con un estruendoso rechinar metálico se abrió por fin la enorme puerta de madera y apareció un guardia armado. Nora no pudo evitar sobresaltarse. El susto de la joven le hizo gracia al servidor de palacio, que esbozó una sonrisa altanera. Nora sintió que, a su lado, Nadia y Layla también se habían asustado. El soldado observó a las tres jóvenes mujeres. Se fijó primero en Nadia, luego en Layla. Su mirada se fue deslizando suavemente hacia sus imponentes caderas. A Nora el hombre apenas le dedicó una rápida ojeada. Le pareció flacucha, insignificante. Sus brazos y sus piernas eran como alfileres y tenía una expresión asustadiza permanentemente dibujada en el rostro. Sin embargo, sus ojos, más diáfanos que el cielo de Al-Ándalus, eran hermosos. Nora volvió a aborrecer su cuerpo, que permanecía anclado en la niñez. Se había puesto las mejores prendas que tenía, así como preciosas pulseras y tobilleras de plata compradas el día anterior en el zoco. Se había perfumado con almizcle y cubierto el rostro con un velo de seda azul. Igual que sus dos amigas, pero, pese a todo, ella seguía siendo una niña.

—*Sayyidat*[7], seguidme.

La voz era ronca y resonó en la galería. Las tres jóvenes dieron un primer paso vacilante en dirección a la puerta y entraron juntas en una sala majestuosa. Sus pisadas retumbaron en el espacio y la mirada curiosa y asustadiza de Nora dio con unos motivos geométricos que decoraban el artesonado. Pero no tuvo tiempo de contemplarlos. El gigante que les servía de guía ya había desaparecido detrás de otra puerta y las tres amigas tuvieron que apurar el paso. Atravesaron dos salas más y recorrieron un largo pasillo hasta llegar a una estancia más pequeña que, según les informó el soldado que las acompañaba, era la antecámara del despacho privado de Al-Hakam. El hombre se fue y tomó el relevo otro soldado que estaba de guardia

5 Hadiz: dicho o acción del profeta Mahoma relatado por sus compañeros.

6 Aceifa: incursión militar que los musulmanes solían hacer en territorio cristiano por la primavera.

7 Sayida: señorita.

ante la puerta. Tenía la misma estatura, pero era de tez clara y ojos azules. Nora pensó que podría ser un *saqaliba*[8].

—Esperen aquí, *sayyidat*. No tardarán en abrir —les anunció con una amable sonrisa.

De nuevo les tocó esperar delante de otra puerta. De nuevo se petrificaron las tres jóvenes, como las antiguas estatuas de los paganos que habían poblado estas tierras antes de la islamización. Nora paseó la vista por la infinidad de motivos labrados en la madera de la puerta de doble hoja y, de repente, le recorrió el cuerpo, de la cabeza a los pies, un repentino escalofrío. Estaba a punto de conocer en persona al califa y no se había preparado para el encuentro. En realidad, ya lo había visto unas cuantas veces, pero siempre de lejos: cuando entraba o salía de la Biblioteca Califal o de su residencia en Medina Azahara, la famosa Dar al-Mulk[9]. También lo divisó dos o tres veces entre la multitud de fieles que abarrotaban la Mezquita Aljama durante el azalá[10]. Lo más cerca que llegó a estar del Príncipe de los Creyentes fue el día que cruzó la Bab al-Jazira, la puerta del puente. Ella se dirigía al zoco acompañada del eunuco Rachid y él salía de Córdoba en dirección a Medina Azahara. Iba montado en su yegua alazana y escoltado por su guardia pretoriana y sus eunucos. Nora lo observó como a un semidiós. Sin embargo, lo había imaginado más alto y fuerte. Él, como era de suponer, ni se fijó en aquella niña insignificante, casi transparente, que, perdida en la muchedumbre abigarrada y bulliciosa de las calles de la medina, le observaba boquiabierta.

Layla tosió. Una tos que quebró el silencio y sacó a Nora de sus recuerdos. Volvió a toser y se llevó la mano a la boca. Se sonrojó y con la mirada parecía pedir disculpas al *saqaliba* que la observaba divertido. Nadia sonrió. Su sonrisa se transformó en una risita nerviosa que contagió a las dos amigas. El guardia se llevó el índice a los labios, exigiendo silencio y respeto. Las tres jóvenes se callaron y Nora se puso a examinar la salita en la que estaban. Sus ojos se perdieron en el mar de mocárabes[11] que colgaban de los techos y en la inmensidad de ataurique[12] vegetales y geométricos que circundaban las paredes doradas de la antecámara.

Al otro lado de la puerta se escucharon unos sonidos metálicos y unos pasos que parecían acercarse. El guardia de ojos azules se irguió y las chicas también. Cuando por fin se abrieron simultáneamente las dos grandes hojas de la puerta, apareció un hombre ceñudo, de aspecto austero. Llevaba una cimitarra colgando de la cintura y Nora se asustó al descubrir una larga cicatriz que le partía la cara en

8 Saqaliba: soldados cristianos que servían en el ejército omeya como mercenarios.

9 Dar al-Mulk: la «Casa del Poder» era la residencia habitual del califa en Medina Azahara.

10 Azalá: oración del viernes.

11 Mocárabe: combinación geométrica de prismas acoplados que se usa como adorno en bóvedas y techos.

12 Ataurique: ornamentación de tipo vegetal.

dos. Un movimiento brusco de cabeza que parecía darle vida a la herida y un gruñido ininteligible les sirvieron a las tres mujeres de invitación. Siguieron al hombre y entraron en la estancia que servía de despacho al gran califa. La estancia era la más espaciosa y la más lujosa de la residencia califal. Nora quedó deslumbrada ante tanta belleza decorativa. Cuatro pilares de mármol sostenían un bellísimo artesonado decorado con intrincadas formas geométricas e impresionantes mocárabes dorados. Las paredes eran del mismo mármol que los pilares y en sus zócalos había hadices del Corán esculpidos en lapislázuli y malaquita. En la parte superior de las paredes, unas pequeñas aberturas dejaban entrar una luz tenue e insuficiente si no fuera por unos cuantos candelabros de plata de magnífica factura que colgaban de las mismas paredes y las tres almenaras[13] que soportaban media docena de candiles. El suelo estaba cubierto de losas de mármol. Toda la estancia relucía como los castillos de oro de los cuentos de príncipes y princesas que, de niña, tanto le gustaban a Nora. El guardia de la cicatriz les mandó que avanzaran unos pasos más hacia el centro de la sala. Y por fin lo vieron.

Las tres jóvenes se arrodillaron e inclinaron la cabeza hasta dar con la frente en el suelo enlosado. Permanecieron en esa posición en señal de respeto y sumisión hasta que una voz desconocida les mandó que se incorporaran. Se levantaron, pero siguieron con la cabeza y el busto ligeramente inclinados. Al-Hakam hizo un gesto con la mano derecha y un hombre, que estaba situado en un rincón oscuro de la sala, empezó a hablar.

—Amado Al-Hakam, Príncipe de los Creyentes, digno descendiente del Profeta y de los primeros Omeyas que reinaron en Oriente, gran califa de Al-Ándalus, estas tres *sayyidat* que muestran su respeto son tres esclavas tuyas que tienen por nombre Nadia, Layla y Nora.

Golpeó con fuerza las manos y, al oír la palmada, las tres amigas alzaron la cabeza y descubrieron por fin el rostro del califa. El hombre más poderoso de Al-Ándalus estaba medio tumbado sobre un sillón de madera bellamente tallado y acolchado con almohadones de seda roja. Era un hombre viejo y visiblemente enfermo.

—Estas tres esclavas que te muestran respeto y sumisión han sido instruidas y formadas por Khadija, la mujer alfaquí, el erudito Al-Manchir y otros especialistas que enseñan en la Madrasa Kabira para que te puedan servir. Han pasado las pruebas y hoy son dignas de recibir de tus manos el *sanad*.

Otro hombre salió diligente de entre las sombras de la estancia. En sus manos portaba tres documentos enrollados y atados con un hilo que parecía de seda. Se los entregó al califa con una respetuosa inclinación de cabeza. Al-Hakam le correspondió con el mismo gesto. Llevaba un turbante blanco que le cubría media frente. Su larga barba entre rubia y rojiza apuntaba hacia abajo, pero su nariz aguileña y sus ojos de un azul intenso encañonaron a las recién llegadas. El semblante era serio,

13 Almenara: pie de hierro erizado de púas donde se clavaban teas para iluminar las estancias.

pero tenía algo en la mirada que derramaba ternura, tristeza, humanidad. Detrás del califa, un enorme tapiz decoraba toda la pared del fondo. El hombre que le acababa de entregar los diplomas regresó al rincón oscuro de donde había salido. Era el secretario. Se inclinó sobre su pupitre, en el que había un pergamino y un recipiente de arcilla lleno de tinta. Empuñó un cálamo en su mano derecha y, con la vista puesta en las extrañas jovencitas que acababan de entrar en la sala, aguardó a que su amo pronunciara las primeras palabras. Sin embargo, el califa permaneció silencioso. Seguía recostado cómodamente en su silla y recorrió con la mirada los tres cuerpos que tenía delante, uno tras otro. Sus ojos penetrantes se clavaron en Nora. La joven no había bajado la mirada y estudiaba, embobada, el rostro de Al-Hakam. Sin querer había incurrido en una infracción al protocolo que podía ser considerada como una provocación duramente castigada. Así se lo significó el guardia que las había acompañado, que la amonestó de inmediato.

—Baja la vista, *sayida* —le ordenó mientras daba un paso en su dirección.

Nora vio cómo el hombre se le venía encima. Se le había hinchado una vena de la garganta y la cicatriz de la cara se había puesto colorada. Pero el califa intervino en favor de la joven. Levantó una mano y el guardia se paró y retrocedió de inmediato. Al Príncipe de los Creyentes no le había ofendido la mirada atrevida de su huésped, pensó que había sido un simple descuido. En su rostro nació una sonrisa que le alargó la boca y las arrugas de la frente. Convidó a las tres mujeres a que se acercaran. Lo hicieron con la humildad y la sumisión que unas esclavas deben a su señor. Nora, que se había dado cuenta del error que había cometido, sintió entonces que le empezaban a flaquear las piernas por debajo de la túnica, unas piernas de garza que luchaban por sostener un cuerpo de niña. Se detuvieron frente al monarca, que las volvió a observar sin prisa, como el comprador de esclavos que, en el zoco, estudia la mercancía antes de comprarla. A Nora le desconcertó la claridad de sus ojos: eran del color del cielo cordobés, infinito, limpio, diáfano. Su mirada estaba desprovista de maldad y, sin embargo, era capaz de amilanar. Las tres jóvenes inclinaron la cabeza en una nueva demostración de respeto. En el aire flotaba una estela de perfumes que emanaban de la barba alheñada del califa andalusí y de todo su cuerpo. Olía a almizcle, a jazmín, a flor de azahar. A Nora casi le dio un vahído. Los olores penetrantes, la mirada del califa, asfixiante, la del secretario, inquisidora, y la de los guardias armados, lascivas y pesadas, la solemnidad del lugar y del momento, todo fue causa de que perdiera por un breve instante el sentido de la realidad. Pero logró sobreponerse al escuchar la voz de Al-Hakam.

—Tengo entendido y sé de primera mano que sois buenas vasallas, temerosas del Todopoderoso, que seguís puntualmente su mandato y que lleváis una conducta irreprochable. Sé también por el director de la Madrasa Kabira[14] que os habéis convertido en mujeres sabias y que, con trabajo y esfuerzo, habéis aprobado los exámenes que vuestros maestros y alfaquíes os han impuesto y que, por tanto, sois merecedoras del *sanad*.

14 Kabira: grande.

Llegado a este punto, levantó la mano que sostenía los diplomas. Las mujeres seguían con la mirada puesta en el suelo enlosado, pero, de vez en cuando, se atrevían a alzarla para entrever al Príncipe de los Creyentes y descubrir los documentos que sostenía en su mano derecha.

—Sois unas mujeres sabias y a partir de mañana serviréis los intereses del Califato con vuestra sabiduría, pagando así la deuda que tenéis para con vuestros maestros, vuestro pueblo y vuestro califa. Las tres pasaréis a trabajar bajo las órdenes de nuestra bienamada Lubna. Ella os explicará lo que espera de vosotras, pero habéis de saber que trabajaréis de copistas o traductoras en la Gran Biblioteca de Córdoba.

El secretario que había estado transcribiendo las palabras del califa posó el cálamo y, con una voz alta y clara que resonaba en la estancia, fue pronunciando, uno tras otro, los nombres de las tres diplomadas que fueron a recoger el anhelado certificado de las manos del califa. Nora fue la última en acercarse a Al-Hakam y, con el *sanad* en las manos, se fue retirando hacia atrás, manteniendo el cuerpo ligeramente inclinado.

—Mañana os espera Lubna en la Gran Biblioteca. Que el Todopoderoso nos conceda algún día la oportunidad de volver a vernos en ella.

—Sería un honor para nosotras —contestó Nadia.

El califa le sonrió y se despidió con una ligera inclinación de cabeza. Uno de los soldados corrió una enorme cortina negra tras la cual desapareció el Príncipe de los Creyentes. Otro soldado invitó a las tres mujeres a que abandonaran el despacho, acompañándolas hasta el zaguán y el gran pórtico del palacio.

Una vez fuera, las amigas se miraron y estallaron en una risa nerviosa. Empezaron a bromear sobre la experiencia que acababan de vivir. Levantaban y besaban teatralmente el documento tan deseado y acabaron abrazadas las tres ante la mirada atónita de los transeúntes que pasaban a esas horas por delante de la residencia palatina.

Cuando descendían la escalera que llevaba hacia la medina baja, se encontraron con un joven alto y apuesto que iba caminando con paso decidido en dirección contraria. Iba vestido de negro y toda su persona rezumaba orgullo. Sin detener su marcha, observó a las tres jóvenes y su mirada acabó cruzándose con la de Nora. Él le sonrió al pasar. Una sonrisa helada, metálica, falsa. Nora no le correspondió. No le dio tiempo. Sin embargo, sin saber por qué, se estremeció.

—¿Quién es? —preguntó Nadia.

—Es Abu Amir —le contestó Layla—. ¿No lo has reconocido?

Las tres siguieron su camino y desaparecieron en la zona más baja de Medina Azahara, allí donde estaban las tiendas, los talleres, los zocos y las casas del pueblo llano, las gentes que en tierras de Al-Ándalus llamaban amm[15].

15 Amm: en el mundo árabe, el pueblo raso.